

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

El ilustre huésped

HUMORADA SATÍRICA

EN CUATRO CUADROS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

EL ILUSTRE HUÉSPED

SERAFÍN y JOAQUIN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL ILUSTRE HUÉSPED

HUMORADA SATÍRICA

en cuatro cuadros, prólogo y epílogo

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el 1.º de Mayo
de 1915



MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.º
TELÉFONO NÚMERO 551

1915

A Eduardo Narbona,

testigo de ciertos inolvidables episodios que acaso un día inspiraron esta humorada, en recuerdo de aquellas horas,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA DEL ARO..........	Josefina Roca.
AURELITA........................	Josefina Segura.
RAQUEL FERNÁNDEZ *(Sintética)*..	Irene Alba.
LA GENERALA....................	Rosario Toscano.
DON VÍCTOR CAMPEÓN.........	Ricardo Simó-Raso.
JULITO LUNA....................	Fernando Aguirre.
EL CONDE DEL ARO.............	Ignacio Meseguer.
UN FOTÓGRAFO..................	Nicolás Perchicot.
BERRAQUERO.....................	Francisco Molinero.
PAULINO DONCEL...............	Agustín del Valle.
BIDASOA..........................	Jenaro Guillot.
DON HONORIO...................	Ricardo Marchante.
PEÓN Y COLORADO.............	Manuel Caba.
UN OBRERO.......................	Pablo Hidalgo.
PRESIDENTE DEL ATENEO......	Cástor Sapela.
EL GOBERNADOR................	Manuel Caba.
EL ALCALDE......................	Jenaro Guillot.
UN CRIADO.......................	Gonzalo Vico.
FONSECA..........................	Gonzalo Vico.

Señoritas de Guadalema, profesores de orquesta, orfeonistas, guitarristas, bandurristas, obreros, comensales y camareros

EL ILUSTRE HUÉSPED [1]

PRÓLOGO

Escenario del teatro de Guadalema el día de la fiesta de los Juegos Florales celebrados en la culta ciudad castellana en el mes de Abril.

—

Al foro, y en caprichoso trono que destaca sobre plantas y flores, resplandece la Reina de la fiesta, AURELITA DEL ARO, hija de los Condes del Aro. A uno y otro lado de ella las señoritas de la localidad que forman su corte de amor. La Reina, linda y elegante, luce rica diadema y manto finísimo; las damas de la corte están tocadas de blauca mantilla.—A derecha e izquierda, sentados frente a frente en ricos sillones enviados por la Diputación provincial, EL GOBERNADOR, EL ALCALDE, EL PRESIDENTE DEL ATENEO, PAULINO DONCEL—el poeta premiado con la flor natural,—y JULITO LUNA, secretario de DON VÍCTOR CAMPEÓN, ilustre mantenedor de la fiesta.

Éste, que ha dejado su sillón hace muy cerca de una hora, la cual lleva hablando, aparece en el primer término, de frente al público, y

---

(1) A LOS DIRECTORES DE ESCENA.—La representación de esta obra debe hacerse con solo dos intermedios: uno, después del prólogo, y otro, antes del epílogo. Los cuatro cuadros han de representarse seguidos para el cabal efecto.

junto a una coquetona mesita, sobre la que, en bandeja de plata, hay dos o tres vasos de agua con azucarillos.

Es hombre maduro y de palabra fácil. Demasiado fácil, tal vez. Se halla en ese crítico momento en que los oradores tratan de encontrar un párrafo que ponga brillante remate a su oración, y todos se les figuran pálidos.

Don Víctor. Voy a concluir. Bebe un sorbo de agua y se lleva el pañuelo a la boca. Voy a concluir. Esta promesa repetida parece tranquilizar y animar a algunos señores del estrado, que ya desean respirar el aire de la calle. Y voy a concluir, señoras y señores, porque harta ha sido vuestra paciencia... Hace una hábil pausa, esperando que le digan «¡no! ¡no!», pero nadie rechista. En vista de lo cual continúa tan tranquilo. harta ha sido vuestra tolerancia, harta ha sido vuestra bondad para escuchar por tanto tiempo mi humilde palabra, mi palabra vulgar y descolorida, que no tiene otro mérito que aquel que estribe en la espontaneidad con que de mi pecho sube a mis labios, bien así... bien así como el agua que rompe la roca para brillar irisada en la superficie..

El Presidente del Ateneo, que le envidia la facilidad y abundancia de imágenes, no puede reprimir un «¡bravo!» seco. Campeón lo mira con gratitud.

Presidente. ¡Bravo!

Don Víctor. Y no os canso más. Bebe otra vez. No os canso más. Pero debo confesaros, finalmente, que al acceder al amable ruego de las cultísimas personalidades de Guadalema que me han traído a este puesto de honor, accedí, no ya por cuanto lisonjeaba mi amor propio, no ya por cuanto hablaba a mi deber de conciudadano, sino muy principalmente porque se me llamaba a unos Juegos Florales, a una fiesta de Patria, Fe y Amor; y Patria, Fe y Amor son palabras en que se vinculan mis sentimientos todos, y Patria, Fe y Amor hallan en esta vuestra adorable ciudad, rincón vetusto de nuestra nación española, la expresión más

suprema de su elocuente significado: Guadalema, tierra de héroes: ¡Patria! Guadalema, tierra de santos: ¡Fe! Guadalema, tierra de mujeres hermosas: ¡Amor!

Hay quien rompe en aplausos creyendo que ha llegado el punto final, pero se lleva un chasco tremendo.

Presidente. Al Alcalde, en voz baja. Este hombre es un poeta.

Don Víctor. Trocando en transición graciosa los elevados tonos de su oración por otros melifluos y suaves.

Amor he dicho... ¿Cómo pronunciar esta palabra inquietadora sin dirigir de nuevo mis miradas hacia ese trono deslumbrante; sin fijar mis ojos—hidrópicos en este caso, como los de Segismundo—en ese espléndido luminar que nos preside; sin inclinar mi espíritu hasta ponerlo de rodillas—permitidme la audacia de la frase en gracia a la sinceridad que la informa—ante quien es ahora más bien que reina de una fiesta, diosa del amor y de la belleza juntamente. Julito Luna aplaude solo y mira a la Reina, llamando la atención de todos. De la belleza he dicho... Séame lícito, señora y reina mía, y perdonad si lastimo vuestra modestia o despierto vuestro rubor, ampliar, completándolo, mi concepto de la belleza al contemplar la que vos encarnáis... Y con ello termino... Ahora nadie lo cree. No es sólo vuestra belleza, señora, por dicha de cuantos os aman, no es sólo vuestra belleza, repito, azucena en la frente, rosas en las mejillas, claveles en los labios, jazmines en el cuello, nardos en el... nardos en la... en el... jazmines en el cuello...

Presidente. Al Alcalde, como antes. Es un poeta, es un poeta...

Don Víctor. No sólo sois bella, señora, porque tenéis en vuestros ojos la noche y el día y peináis por cabellos rayos del sol... No sólo sois bella porque al andar parecéis paloma que agita sus alas... ni porque vuestro talle es airosa espiga que mece el viento... No: no sois bella por eso sólo... Sois bella también, porque en la noche y

el día de vuestros ojos resplandece la luz de la bondad; porque tenéis en vuestro seno de perfumados nardos —nardos he dicho—manantial perenne de ternura infinita; porque la virtud se enamoró de vuestra persona y la eligió como alcázar en que había de vivir...

Este, que no vacilamos en llamar «latiguillo», es acogido con un rumor de admiración que se resuelve en palmas atronadoras. Ocioso es decir que las primeras son del Presidente del Ateneo. Las damas de la corte de amor miran complacidas a la Reina, que sonríe. Don Víctor, realmente esponjado, aguarda a que pase aquello para continuar.

Julito. Al Presidente. ¿Verdad que es un poeta?

Presidente. Eso le decía yo al señor alcalde.

Don Víctor. ¿Qué he de desearos yo, reina y señora? ¿Qué os he de desear? Y sea la expresión de mi deseo, fin de mis palabras y de vuestra impaciencia. Nadie pía por si acaso. ¡Lleva así una hora! Unido a vuestro insigne padre, el excelentísimo señor conde del Aro, hijo predilecto de Guadalema y bondadoso huésped mío a la sazón, unido a vuestro insigne padre, repito... Repite y torna de improviso al tono grandilocuente y de trueno, que luego baraja a discreción con el melifluo. por algo que es algo más que afecto amistoso y que cordial compañerismo, puesto que es comunión de ideales, ¿qué he de desearos yo, reina mía? ¿Qué os he de desear, vuelvo a preguntaros? ¡Ojalá que el arroyuelo cristalino y terso en que hoy se copia vuestra imagen bellísima, refleje siempre las pintadas florecillas de sus márgenes, el pajarillo trinador que lo cruza, las estrellas del alto cielo, y jamás, jamás la nube de tormenta, el cárdeno resplandor del relámpago, el zig-zag del rayo temeroso... y el... el... Murmura algo que no se le entiende, y es el primer «latiguillo» que le falla. El abuso tiene sus quiebras. Por último, señoras y señores: no quiero dejar esta tribuna honrosa, esta tribuna adonde me trajeron todos los afectos de bondad que encierra el alma humana reunidos para convencerme y

halagarme, sin protestar una vez más de lo inmerecido del honor que se me ha dispensado, pero sin declararos al mismo tiempo que si aceptáis en pago y por moneda mi gratitud, yo acaso me sienta satisfecho y tranquilo: porque mi gratitud es tan inmensa, tan inagotable para vosotros, que—dispensad la ambición de los símiles, puesto que nacen de la efusión más legítima—si queréis que mi gratitud sean flores, contad con los huertos de Valencia y de Murcia y con los cármenes granadinos, y con las azoteas y los jardines de Sevilla; si queréis que sea agua, contad con el caudal de todos los ríos que van a morir en los mares, y contad con los mares también; y si queréis que sea luz, contad con un sol a cuyo lado sería pálida antorcha el que alumbra el mundo... Guadalema: para ti, de hoy más, mi corazón curtido en las luchas humanas, mi pobre inteligencia, y mi voluntad siempre firme para ayudarte en las nobles empresas de tu progreso material, moral e ideal. He dicho.

Aplausos calurosos de todo el estrado. Sudando como un pollo va a sentarse al sillón vacío, no sin mirar en el reloj de pulsera el tiempo que ha hablado. Los vecinos de sillón le estrechan las manos y lo abrazan con frases de felicitación entusiástica. «¡Bravo!» «¡Bravo!» «¡Estupendo!» «¡Admirable!» «¡Hermosa oración!» «¡De poeta!» «¡De artista!» «¡Es usted un poeta!» «¡Precioso!» «¡Quedará memoria!» «¡Bravo!» «¡Bravo!» Él, halagadísimo, da las gracias a todos con aire modesto. «Gracias... Mil gracias... Muy amables... ¡Oh!... ¡Oh!...»

Una orquesta oculta en el fondo principia a ejecutar suavemente una pieza de música clásica.

El Presidente del Ateneo invita a Don Víctor a dejar el estrado.

Presidente. El acto ha concluído, señor Campeón ¿Tiene usted la bondad de ofrecer su brazo a la reina?

Don Víctor. Con mil amores.

En el pasillo de butacas surge de improviso un FOTÓGRAFO con su ayudante y todos los bártulos de rigor, dispuesto a retratar la es-

cena. Se dirige en voz alta a los señores del estrado y todo el mundo se pone a su disposición satisfecho.

Fotógrafo. ¡Un momento, señores!

Presidente. ¿Eh?

Fotógrafo. Un momento. Quisiera hacer una fotografía del estrado durante el discurso del señor Campeón.

Don Víctor. ¡Ah, sí!

Gobernador. ¡La contribución del magnesio!

Alcalde. ¡La inevitable fotografía!

Fotógrafo. ¡Hay que pasar por ella! Si fueran tan amables...

Presidente. ¡Ya lo creo! Encantados.

Fotógrafo. Un momentito nada más. Todos los señores colocados tal cual estaban durante la fiesta, y el señor Campeón dirigiéndole la palabra al público.

Don Víctor. Sí, señor, sí.

Fotógrafo. Dispénseme.

Don Víctor. No hay de qué.

Fotógrafo. Un millón de gracias.

Doncel. ¿Para qué periódico es?

Fotógrafo. ¡Para todos!

Cada uno en su puesto adopta la posturita que cree que más le favorece, previo disimulado retoque y compostura de la persona. Don Víctor se sitúa junto a la mesita de marras y prueba una actitud oratoria.

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Más alto el brazo. Si me hiciera usted el favor...

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Perfectamente. Resulta un cuadro muy bonito. No se mueva nadie. Daremos un poquito de exposición para evitar el fogonazo. ¡Quietos ahora! ¡Quietos! Descubre el objetivo de la máquina. Nadie pestañea. Pausa. Julito ha fijado su más tierna mirada en la Reina y parece un borrego a medio morir. Campeón, que tiene la boca abierta—ex-

puesto a que le entre una mosca,—fijos los ojos y el brazo derecho muy en alto, se causa y bizquea. La exposición dura más de lo que conviene a la seriedad y a la quietud de todos. Hay quien aguanta a duras penas la risa, quien se tambalea y quien, en cambio, parece una figura de cera. Cuando ya está próximo a un vahido el mantenedor, el Fotógrafo, cubriendo el objetivo, exclama de repente: Ya está. Muchas gracias.

Don Víctor. ¿Me he movido?

Fotógrafo. No, señor. Muchas gracias a todos.

Y se retira con cuanto le acompaña. En el escenario respiran todos con desahogo y comentan el lance. «¡Ay, yo no podía más!» «¡Yo he salido aguantando la risa!» «¡A mí empezó a picarme la nariz!» «¡Ay! ¡Gracias a Dios!» «¡Ay, qué angustia!» «¡Un minuto más y me da un desmayo...!»

Don Víctor va a ofrecerle el brazo a la Reina y cada caballero a una dama. Cae el telón.

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Galería cerrada de cristales, contigua al comedor y al jardín de la casa del Conde del Aro, en Guadalema.

Es de noche. Espléndido alumbrado.

—

EL CONDE DEL ARO, LA CONDESA, su hija AURELITA, DON VÍCTOR CAMPEÓN y JULITO LUNA, forman un grupo a la izquierda del actor. Las damas visten trajes muy elegantes y vaporosos, y los caballeros de frac. Frente a ellos, y armado de todas armas, aparece el FOTÓGRAFO que ya conocemos, en el momento de obtener un nuevo retrato.

Fotógrafo. ¡Quietos un instante! ¡Quietos! Pausa. Se repite el cuadro de los Juegos Florales, sólo que la actitud de Don Víctor es muy otra. En tres días que lleva en Guadalema se le han acentuado las arrugas. Ya está. Muchas gracias.

Condesa. No las merece, señor mío.

Don Víctor. ¡Estos tiranuelos de la prensa gráfica!...

Fotógrafo. ¡Je! ¿Y mañana, qué haremos? ¿Van por fin al criadero de truchas?

Todas las miradas se fijan en don Víctor, como consultándole. Nuestro hombre no ha querido oír la pregunta.

Conde. Creo que esa excursión quedará para pasado mañana. Yo le avisaré a usted.

Fotógrafo. Agradecidísimo, señor conde. Siempre tan bondadoso...

Conde. Y tan obligado. Todo artista que entra en mi casa viene a honrarla.

Fotógrafo. Agradecidísimo. La honra es para mí.

Conde. Compartámosla como buenos amigos. La fotografía es un arte maravilloso.

Don Víctor. ¡Oh, la fotografía! Yo soy un entusiasta de la prensa gráfica. Ella legará a nuestros hijos, sin

las mixtificaciones de la amistad o de la pasión, la verdadera historia nuestra. Podrá discutirse, andando el tiempo, si la noticia impresa fué falsa o no; pero no se podrá dudar jamás de lo que retrató la fotografía. La primera piedra de un edificio, la conferencia de Ateneo, la manifestación popular... etc., etc.

Conde. Indiscutible, indiscutible...

Condesa. Para todo tiene este Campeón su penacho...

Don Víctor. ¡Señora!...

Fotógrafo. ¿Me mandan algo más?

Don Víctor. Yo no; gracias.

Julito. Yo sí. Yo, que cuide usted de que salga parecida Aurelita.

Aurelita. Pues, mire usted, siempre salgo mal.

Julito. Pues por eso...

Don Víctor. ¡Diablo de secretario!...

Fotógrafo. Con permiso de ustedes... No se moleste, señor conde...

Conde. ¡Por Dios!

Fotógrafo. Buenas noches, señoras. A los pies de ustedes.

Condesa. Adiós; buenas noches.

Aurelita. Adiós.

Don Víctor. Adiós.

Por la derecha se retiran el Fotógrafo y su ayudante, acompañados por el Conde.

Julito. Veintitrés retratos llevo ya en Guadalema, y en todos ellos estoy contemplándola a usted.

Aurelita. A ver si cuando se publiquen le riñen a usted en Madrid.

Julito. ¿A mí? ¿Quién?

Aurelita. Eso usted lo sabrá.

Julito. Yo lo único que sé por ahora es que todavía no he conseguido que me dé usted su álbum.

Aurelita. Venga usted por él ahora mismo.

Julito. ¿De veras? Me hace usted el más feliz de los hombres.

Aurelita. Mamá.

Condesa. ¿Qué quieres, reina mía?

Aurelita. Voy a hacer a Julito el más feliz de los hombres.

Condesa. ¿Cómo?

Aurelita. Sí; porque dice que como le dé mi álbum lo será, y voy a dárselo con tu permiso.

Condesa. ¡Ah, ya!...

Julito. Tiene usted una hija encantadora.

Don Víctor. Pues eso hay que demostrarlo en el álbum, poetilla de los madrigales.

Julito. Usted que me conoce, jefe, sabe bien que, por desgracia mía, mi pluma es de ave, pero no precisamente de alondra ni de ruiseñor. De jilguero, y gracias. Ríen todos. Para cantar a esta belleza sería menester que se dieran cita todas las musas de todos los poetas que han nacido y cada una dijera una palabra.

Aurelita. ¡Jesús!

Don Víctor. Tal vez sea eso lo que debas escribirle en el álbum, versificándolo con galanura.

Julito. Es poco.

Aurelita. Ande usted, cortesano. Déjese de mentiras ya.

Julito. Cortesano y todo, Aurelita, de la verdad vivo.

Aurelita. Sígame, sígame.

Julito. ¡Oh! ¡Placer de dioses es el obedecer tales mandatos!

Vase por la derecha siguiendo a Aurelita.

La Condesa y Campeón ríen bondadosamente.

Condesa. ¡Qué simpático es su secretario de usted!

Don Víctor. Mucho. Y excelente persona. Y listo, listo. Tiene porvenir. Ahora, que se me enamora de la reina de la fiesta de todos los Juegos Florales que mantengo.

Condesa. ¡Ja, ja, ja! La llama de la juventud...

Don Víctor. Sí, señora; la llama, la llama...

Condesa. Diga usted, Campeón...

Don Víctor. Condesa...

Condesa. ¿Qué tal ha dormido usted la noche pasada?

Don Víctor. Admirablemente.

Condesa. ¿No ha sentido usted fresco?

Don Víctor. Ni fresco ni calor. La cama que aquí se me ha dispuesto, señora, parece una barca de ninfas.

Condesa. ¡Una barca de ninfas, dice!... Ya sé yo de donde le viene la poesía al secretario.

Don Víctor. ¡Oh!...

Condesa. Le preguntaba eso, porque en todo caso se le podría poner un edredón de plumas...

Don Víctor. Estimo la atención, pero no me hace falta...

Condesa. Lo que quiero es que sea usted franco con nosotros; que de nada carezca en mi casa; que nos trate usted familiarmente; que pida cuanto se le ocurra...

Don Víctor. ¡Señora, si el verbo pedir está sustituído por el de recibir en este palacio!... ¡Si estoy viviendo un cuento de hadas!... ¡Si aun no he deseado una cosa, si aun no la he pensado, y ya viene una mano de rosa a ofrecérmela!...

Condesa. Queremos hacerle lo más grata posible su estancia aquí. ¿Usted sabe lo que le ha agradecido mi Aurelio que nos honre aceptando esta hospitalidad?

Don Víctor. Calle usted, calle usted...

Condesa. Crea, Campeón, que aparte los goces del hogar, que en esta casa son, por así decirlo, de hoja perenne, nada complace tanto al conde como sentar a su mesa y ofrecer un lecho a los hombres ilustres de su país, ya sean del campo de la política, como usted, ya del campo de las bellas artes o de la ciencia...

Don Víctor. Condesa, esas complacencias no las saben sentir sino los verdaderos próceres—dejando a un lado la modestia de mi persona.

Condesa. Óigame, don Víctor: el azucarillo de la mesa de noche, ¿cómo lo prefiere: de limón, de rosa o de naranja?

Don Víctor. Carezco de preferencias en punto a azucarillos, condesa. Póngame usted el azucarillo a su gusto.

Condesa. De limón, entonces.

Don Víctor. Desde ahora prefiero los de limón. Tras un hipo que disimula, y que delata una persistente pirosis de que se hablará más adelante, agrega: Y para que vea usted que no ando con cumplidos...

Condesa. Diga.

Don Víctor. Me atrevo a rogarle que con el vaso de agua y el azucarillo me pongan un sifón.

Condesa. Ya está allí.

Don Víctor. ¿Usted ve lo que le decía? En esta casa hay adivinadores del pensamiento.

Condesa. Milagros del deseo de agradar. ¿Volvemos a la sala?

Don Víctor. ¿Se enojará usted si le ruego que me dispense?

Condesa. ¡De ninguna manera!

Don Víctor. Necesito retirarme a mi cuarto... Voy a ver si ordeno unos apuntes para la conferencia de mañana.

Condesa. ¿En el Círculo de la Amistad?

Don Víctor. Exacto.

Condesa. Pues, nada, a ello, a ello. Con absoluta confianza. Buenas noches... y hasta mañana si Dios quiere.

Don Víctor. Adiós, señora. Si la gratitud quitase el sueño yo pasaría las noches en vela.

Condesa. ¡Qué amable! Quedamos en que de limón, ¿no es verdad?

Don Víctor. De limón.

Condesa. Ahora irá mi marido a ponerse a sus órdenes.

Don Víctor. ¡Que no se moleste!

Condesa. Aunque se molestara lo haría. Que usted descanse, Campeón.

Don Víctor. Igualmente, condesa.

Condesa. Buenas noches.

Retírase por la derecha radiante de felicidad. Campeón da un suspiro elocuentísimo y se va por la izquierda.

A poco vuelve por la derecha JULITO hojeando el álbum de la actual dama de sus pensamientos.

Julito. ¡Bah! ¡Qué lástima de álbum! No tiene más que vulgaridades y tonterías. Lo encabeza un canónigo... ¡No puede ser! Yo le pondré un soneto en la última hoja, para cerrarlo con llave de oro. Improvisando.

De la tarde el celaje más brillante...
Por aquí, por aquí...
De la noche el lucero más luciente...
Por aquí...
De los campos la espiga más ardiente...
Ardiente, no; pero por aquí, por aquí...
De las flores la rosa más *pimpante*...
Pimpante, tampoco; pero por aquí, por aquí...

Desaparece por la izquierda.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Dormitorio destinado a Campeón en la casa del Conde. No falta detalle, como se puede suponer. Una puerta al foro y otra a la derecha. Balcón a la izquierda.

—

DON VÍCTOR, de batín y babuchas ya, abusa de un sifón de agua de Seltz, como si fuera un amigo de confianza.

Don Víctor. ¡Por vida de...! Esto no es estómago, esto es un brasero... ¡Hip! ¡Las truchas! No las puedo ni oler... ¡Hip! Pintadas en un bodegón, me hacen daño. Y son la gala de este país... ¡mire usted qué gracia!... Yo no sé en qué tono decirles ya que me caen lo mismo que un veneno... ¡Hip! Me he bebido el sifón. Oprime el gatillo, y el sifón, en efecto, carraspea en las últimas. Ah, pues pido otro... Aunque me lo traiga la condesa, que me hace el efecto de tres postres de dulce seguidos... ¡Hip! Esta noche me muero.

Llega JULITO por la puerta del foro, aún con el álbum en la mano.

Julito. Don Víctor de mi alma.

Don Víctor. Hola, feliz mortal. ¿Qué hay?

Julito. Ahí tiene usted otra vez a ese torbellino.

Don Víctor. ¿A quién?

Julito. A esa escritora de la localidad que quiere celebrar con usted una *interview*.

Don Víctor. ¿Otra *interview*, Julito? ¡Van doce en cuatro días!

Julito. Consecuencias de su papel de ilustre huésped. No todo han de ser flores, don Víctor.

Don Víctor. ¿Flores?

Julito. ¿Le digo a esa señora que pase al gabinete?

Don Victor. Pero ¿así, Julito? ¿En zapatillas y batín quieres que me vea?

Julito. ¿Por qué no? Lo agradecerá doble. Creo que es un tipo muy original. Y como vendrá buscando una *nota íntima*...

Don Víctor. Para *nota íntima* la que me están dando a mí las truchas.

Julito. ¿Le han sentado a usted mal?

Don Víctor. ¡No me han sentado de ninguna manera, como siempre! ¡Las tengo de pie... y vivas!

Julito. ¡Vaya por Dios!

Don Víctor. En fin, paciencia. Dame algunos antecedentes de esa señora... y la recibiré, a pesar de las truchas, del batín y de las zapatillas.

Julito. Me han dicho en el casino que es una feminista desaforada.

Don Víctor. ¿Hola?

Julito. Sí; de estas que quieren que las mujeres se metan en todo: que voten, que asistan al Congreso...

Don Víctor. Ah, vamos; una loca. Pero, bueno, es fácil darle la contenta... Sintiéndose repentinamente orador. Nuestras leyes son duras, secas, rígidas, frías, obra al fin y al cabo del hombre solo, de su soberbia y de su egoísmo... ¡Injertemos en ellas, como fecundante savia en planta enfermiza, la ternura de la mujer, el anhelo de la madre, el arrullo de la paloma!... Que pase.

Julito. Le advierto a usted que es guapa.

Don Víctor. Menos mal. Se compone un poco al saberlo.

Julito. Ha fundado aquí la Protectora de Animales. En las calles se lía a bofetadas con los chiquillos que maltratan a perros y gatos, y aun con los arrieros que pegan a las bestias.

Don Víctor. ¡Magnífico! El bruto... el hombre... el hombre... el bruto... ¿Cuál es el bruto? Hay, hay materia... Que pase.

Julito. Además sé que odia las corridas de toros. No dirá usted que no lo pongo en autos.

Don Víctor. ¡Como que me voy a lucir todavía! ¡Digo! ¡Las corridas de toros!... Los árabes... las justas... la raza... la sangre españoia... Felipe IV... la Plaza Mayor... Pedro Romero... *Lagartijo*... Que pase.

Julito. En seguida. ¡Ah! ¡Se me olvidada lo más bueno! Felicítela usted por un artículo muy bonito que ha publicado esta mañana en *El Defensor*.

Don Víctor. ¿Sobre qué?

Julito. Sobre el trabajo de las tobilleras.

Don Víctor. Perfectamente. Acabemos, Julito, que ya estoy deseando que se vaya para acostarme.

Julito. No me lo jure usted. Vase por la puerta del foro.

Don Víctor. ¡Ay! Materialmente no puedo con mi cuerpo... ¡Llevo tres días de no parar!... ¡Y sin quitarme las botas de charol más que para meterme en la cama!... ¡La educación que se necesita... para no perder la educación! ¡Hip! ¡Y con calefacción de vapor en el estómago! En fin, vamos allá...

Inopinadamente llega por la puerta del foro RAQUEL FERNÁNDEZ, que ha hecho en Guadalema famoso el seudónimo de «Sintética». Es mujer de no mal palmito, vehemente, apasionada, nerviosa. Viste con extravagante elegancia.

Raquel. ¡Campeón insigne! O ¡insigne Campeón!

Don Víctor. Un tanto sorprendido, ¡Señora mía!

Raquel. ¡Por Dios que hay apellidos simbólicos! Estrecha usted la mano de quien de antiguo le admira y le quiere. Con amor de artista para artista. Yo también soy artista.

Don Víctor. Lo sé. Pasaremos a mi gabinete.

Raquel. ¿Para qué? Odio la etiqueta, Campeón. Además, en el dormitorio de los grandes hombres flota siempre algo de sus ideas. Me he metido aquí por lo mismo.

Don Víctor. Ya.

Raquel. Contemplándolo. Cabeza enteramente mediterránea.

Don Víctor. Psché... Mil perdones por la traza en que a usted me presento.

Raquel. Estimo la fineza; pero debo advertirle que, aunque mujer, detesto la galantería. Soy mujer de mi tiempo, de mi siglo: siglo de renovaciones, de temblores febriles, de sensaciones ràpidas, de inquietudes mentales, de excavaciones en el ideal...

Don Víctor. Siéntese usted, señora.

Raquel. Obedeciéndolo. Llámeme usted Raquel. O si no, «Sintética», que es mi seudónimo de lucha. Y no perdamos tiempo. En este siglo, amigo Campeón, el tiempo no ya es oro; el tiempo es *radium*. Aprovechémoslo.

Don Víctor. Conformes, amiga «Sintética». Estoy a sus órdenes, y quiero que mis primeras palabras, que en este caso fluyen a la par en corrientes gemelas de mi corazón y de mi cerebro, sean para felicitarla calurosamente, ardientemente, efusivamente, por su precioso artículo de esta mañana en *El Defensor*.

Raquel. ¿Eh?

Don Víctor. ¡Qué feminidad de sentimiento y qué masculinidad de expresión! ¡Qué ternura más varonil—valga la paradoja—al considerar con mirada de socióloga artista la interesante posición en la vida de la obrera-crisálida, si me permite usted la imagen! ¡Así se hace hogar; así se hace patria; así se hace humanidad!

Raquel. No comparto su entusiasmo de usted, amigo Campeón. Ese artículo podrá ser admirable; pero no es mío.

Don Víctor. Atónito. ¿Cómo que no es de usted?

Raquel. Como que no es mío.

Don Víctor. Mirando con rencor hacia la puerta por donde se marchó el secretario. Pues ¿de dónde diablos he sacado yo...? Sin duda el espíritu que allí late... Por supuesto,

no extrañe usted esta confusión... Mi cerebro en estos días de Guadalema está sometido a una vertiginosa actividad... es un receptáculo incesante de ideas... de impresiones... de... ¿Usted me comprende? En fin, el tiempo es *radium,* como usted ha dicho. ¿En qué puedo servirla?

Raquel. Deseo confesarlo a usted, Campeón.

Don Víctor. ¿Confesarme?

Raquel. Sí. Le formularé preguntas sintéticas, que usted me contestará sintéticamente. Gusto de proceder por concreciones. Yo hago la pregunta inesperada, incisiva, usted se sorprende, y en su sorpresa leo el complemento de lo que su palabra calle. ¿Me ha entendido? Vengo a investigar, a escudriñar, a desconcertarlo a usted, a removerlo, a inquietarlo... Don Víctor la mira empezando a inquietarse de veras. La misión del artista moderno es esa: desconcertar, remover, inquietar... ¡Inquietar! ¡Divina palabra! Yo paso por un lago dormido y tiro una piedra. Vamos a ver. A cada pregunta precede un silencio, durante el cual clava su mirada investigadora en la de Don Víctor. Luego la formula con rapidez, y mientras responde o no responde lo observa atentamente, como si quisiera cogerlo en un renuncio. Vamos a ver: ¿usted cree en Dios?

Don Víctor. Perplejo. Pero, ¿de veras va usted a confesarme?

Raquel. ¿Usted cree en Dios?

Don Víctor. ¡Vaya si creo! Como todo fiel cristiano...

Raquel. De labios a fuera. Adelante. ¿Opina usted que la mujer debe ser compañera del hombre o animal doméstico del hombre?

Don Víctor. Opino que generalmente el hombre es el animal.

Raquel. ¡Brava respuesta! Pero me parece hija de la galantería. Otra le queda a usted.

Don Víctor. ¡No! ¡Mil veces no! Ha puesto usted el dedo en una de mis llagas. ¡La mujer!... ¡El hombre!...

¡Padre Adán!... ¡Madre Eva!... ¡Eterna huella de pies de hembra y de pies de varón que trazan el camino de la vida que tiene su arranque en el Paraíso!... ¡Eterna.. eterna...!

Raquel. No pretendo oír al orador, aunque lo admiro mucho: pretendo socavar la conciencia del sociólogo, del legislador...

Don Víctor. Que no se calla así como así. Pues el legislador y el sociólogo, amiga admirable, le dicen a usted de consuno que nuestras leyes son duras, secas, rígidas, frías, obra al fin y al cabo del hombre solo, de su soberbia y de su egoísmo... ¡Injertemos en ellas, como fecundante savia en planta enfermiza, la ternura de la mujer, el anhelo de la madre, el arrullo de la paloma!.

Raquel. No es usted sincero.

Don Víctor. «¡Sintética!»

Raquel. Otra le queda a usted.

Don Víctor. Le he hablado a usted con el corazón.

Raquel. Otra le queda. ¿Qué tipo de mujer prefiere?

Don Víctor. Tocante a lo físico, la española.

Raquel. No lo creo.

Don Víctor. Tocante a lo moral, la española también.

Raquel. Tampoco lo creo. Otra le queda.

Don Víctor. No, señora; no me queda otra.

Raquel. Sí, sí. ¿Suprimiría usted las corridas de toros?

Don Víctor. Empezaría por la suerte de varas.

Raquel. Bien: no suprimiría usted la fiesta.

Don Víctor. Un gobernante, señora mía, debe auscultar... debe prestar atento oído a las palpitaciones del tórax del país, para no divorciarse de la opinión... La fiesta de toros en España... Las antiguas justas... Los árabes...

Raquel. No siga usted. Estoy convencida de que el *Gallo* le ha brindado algún toro.

Don Víctor. Es cierto: en Pamplona.

Raquel. ¡Ah! Pues un verdadero gobernante, señor mío, debe ir en contra de la opinión cuando la opinión esté equivocada. ¡Hasta que no se arrastre el último miura, España no tiene salvación! Hablemos de política. ¿Qué partido cree usted que debe gobernarnos?

Don Víctor. El mío. No, no me queda otra. Y digo el mío ambiciosamente, nombrando así a esta nueva organización cuya jefatura me han conferido amigos cariñosos. Los hombres de *la zurda*, que así nos llamamos, somos los únicos capacitados para realizar las aspiraciones nacionales. Traemos un programa moderno empalmado con la tradición sacrosanta: de ahí el nombre de nuestro partido: *la zurda*. Es a saber: en una mano solamente participamos de la *izquierda* y de la *derecha*. Y nos queda libre la otra.

Raquel. Levantándose como por resorte. Caballero, acabo de experimentar una decepción.

Don Víctor. ¿Pues?

Raquel. A distancia, a través de los papeles públicos, había usted conseguido engañarme, ilusionarme al menos. De cerca, he conocido la verdad; ¡la verdad terrible! ¡Pobre España!

Don Víctor. ¿La compadece usted a cuenta mía?

Raquel. ¡Ni más ni menos! Es usted uno más a seguir la farsa, que ya no es comedia, sino tragedia. No viene usted sino a aumentar los tomos del *Diario de Sesiones*.

Don Víctor. ¡Señora!

Raquel. Nada, nada: es usted un político vulgar, ramplón, garbancero. Mañana lo voy a poner verde en *El Defensor*.

Don Víctor. ¡Señora... señorita... o lo que sea usted, eso es una insolencia, aunque vista usted faldas! Y me parece de una ligereza incalificable, de una ligereza femenina, al fin y al cabo...

Raquel. ¡Otro discurso no, señor mío! Y sepa usted que mal puede tildar a nadie de ligero, quien me ha atribuído a mí un artículo de la escritora más cursi que ha nacido en España. Beso a usted la mano.

Don Víctor. A sus pies.

Raquel. ¡Ni un matiz, ni una palpitación, ni una idea, ni un aliento!... ¡Nada! ¡nada! ¡Vacío! ¡vacío! ¡vacío!... Se va olímpicamente por donde llegó.

Don Víctor. Confuso, anonadado. ¿Le parece a usted? ¡No me ha pasado otra en los años que tengo!... ¡Vaya una lengüecita pelada! Encarándose con JULITO, que viene por la misma puerta. ¡Hombre, al demonio se le ocurre meterme aquí a esa loca!

Julito. ¿Pues qué le ha hecho a usted?

Don Víctor. ¡Ponerme como los mismos trapos! ¡Por tu culpa, además!

Julito. ¿Ah, sí? A mí, al pasar, me ha llamado langostino.

Don Víctor. ¡Y discurres menos que un langostino todavía! ¡Mira que aconsejarme que le elogie por suyo un artículo que es de otro marimacho! ¡Le ha sentado como una banderilla! Y de mi plancha no te hablo: ¡está pidiendo un vals de circo!

Julito. Perdóneme usted. Y a propósito de *distracciones:* esta mañana, en el Centro Obrero, le llamó usted a Gabriel y Molina hijo ilustre de Guadalema... y ha nacido en Cabezón de la Sal.

Don Víctor. ¡Tú me apuntaste el dato!

Julito. No, señor, no. Eso lo sacó usted de su cabeza.

Don Víctor. ¡Pues será que lo leí en una guía! ¡Es imposible atar todos los cabos saliendo a dos conferencias diarias! ¡Compréndelo, Julito! ¡Mañana nos vamos en el rápido! ¡Hip!

Julito. ¿Qué es eso?

Don Víctor. Señalándose a la garganta y al estómago. ¡Que tengo el estómago aquí, y su sitio es éste!

Julito. ¡Chist! ¡Que viene el conde!

Don Víctor. ¡Pues me acuesto ya, aunque vengan los infantes de Lara! Desesperado va a comenzar a desnudarse, cuando la voz del Conde lo detiene.

Y se presenta el CONDE en la puerta del foro, sonriente y jovial, con dos papeles en la mano.

Conde. ¿Se puede?

Don Víctor. Transformando su gesto con insuperable agilidad. ¡Adelante, conde, adelante!

Conde. He recibido ahora mismo este B. L. M., y me apresuro a comunicárselo a usted. Lee. «El Presidente de la Sociedad Filarmónica *La Rondalla* B. L. M. al Excelentísimo señor Conde del Aro y tiene el honor de manifestarle que a las dos de la noche de hoy se honrará la artística agrupación que preside dedicándole una serenata al ilustre huésped de Guadalema, el Excelentísimo señor don Víctor Campeón y Campeón.»

Al interesado le hace la misma gracia la noticia que un corte afeitándose.

Don Víctor. ¡Hombre! ¡magnífico! ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Lo agradezco mucho! ¡Una serenata! ¡Muy bien! ¡Pero este pueblo no se cansa de festejarme!

Conde. Así somos. Ni que decir tiene que habrá que aceptar. Esta gente humilde, si no, se duele grandemente...

Don Víctor. ¡Calle usted, mi querido conde! ¡Calle usted! ¿A qué hora van a venir, a las doce?

Conde. A las dos.

Don Víctor. Entendí a las doce.

Conde. Nos asomaremos al balcón, les ofreceremos unas copas de vino...

Don Víctor. ¡Sí!

Conde. Y ya deja usted en Guadalema doce o catorce amigos más, ganados por la gratitud.

Don Víctor. ¡Oh!... Bosteza, a traición del Conde.

Conde. ¿De acuerdo en este punto?

Don Víctor. ¡Y en todos, por María Santísima!...

Conde. Bueno, pues no quiero robarle demasiado tiempo...

Don Víctor. Maquinalmente. *Radium...*

Conde. ¿Eh? Programa para mañana.

Don Víctor. ¡Ah!

Entre Don Víctor y Julito se cruza una mirada de pavor.

Conde. Habrá que madrugar un poco.

Don Víctor. ¡No importa! El tiempo es hermosísimo y las mañanas son una delicia.

Conde. Con estar listos a las ocho, basta.

Don Víctor. ¡Eso no es madrugar!

Julito. ¡No!

Conde. Iremos en primer lugar al Castillo del Aguila Negra...

Don Víctor. ¡Bravo!

Conde. No quiero que se marche usted sin verlo.

Don Víctor. ¡Qué disparate!

Conde. Tiene un interés histórico extraordinario: allí hizo noche Carlos V...

Don Víctor. ¡Sí, sí, sí! Ya sé, ya...

Conde. Al regreso oiremos la misa en la capilla del Asilo de las Obreras.

Don Víctor. ¡Bravo!

Conde. Me importa muchísimo que vea usted cómo funciona el Asilo ese. La misa tal vez sea cantada y nos entretenga media hora más, pero...

Don Víctor. ¡Qué más da! Hay tiempo para todo.

Conde. Eso creo. Volvemos a casa, nos quitamos el polvo y nos vamos a almorzar al Gobierno civil.

Don Víctor. Es verdad, que mañana almorzamos con el gobernador.

Julito. Antes tendrá usted que recibir aquí a la comisión de obreros que nos ha anunciado su visita. Vendrán a las once. Les he puesto yo un B. L. M.

Conde. Bien, pero a esa comisión la despacha en cinco minutos.

Don Víctor. Sí, sí. El trabajo... la solidaridad... la mano encallecida... el yunque, la fragua, la hoz... Siga usted, siga usted.

Conde. Lo único sensible del almuerzo en el Gobierno civil es que la gobernadora está delicaducha y no podrán ponernos la mesa en el jardín, que es magnífico. Tendremos que almorzar en el comedor, que es un poquito bajo de techo.

Don Víctor. ¡Pero en qué detalles se fija usted, de puro amable! ¡Es lo mismo un sitio que otro para comer las ricas truchas del país!

Conde. Yo, en mi afán de que todo resulte como pintado... Después del almuerzo, a la conferencia del Círculo de la Amistad.

Don Víctor. ¡Cabalito!

Conde. Terminada la conferencia, nos servirán un *lunch*...

Don Víctor. ¡Hip!

Conde. Cosa de nada; de llevarse una copa a los labios... y nos iremos a casa de Rosaura, la marquesita, a tomar el te.

Don Víctor. ¿No será muy temprano, conde? ¡Hip!

Conde. ¡No! ¡Ca! Aquí no valen nada los alimentos... Son ligerísimos. Además, ese te es una habilidad política: el marqués nos conviene.

Don Víctor. ¡Ya!

Conde. De allí pasaremos a la sala de armas de Larraín que ha dispuesto un asalto en honor de usted...

Don Víctor. ¡Mucho! Entre dientes. Y otro *lunch*...

Conde. De la sala de armas, un momento a San Isidoro, a ver el fresco de la Capilla de bautizos—que se le atribuye a Jordán, nada menos;—de la iglesia al paseo un cuarto de hora, a reposar los nervios; del paseo a

casa, y de casa, después de comer, al teatro. Tenemos estreno mañana.

Don Víctor. ¡Mucho!

Conde. Y nos queda para el día siguiente oír el orfeón, la visita a la fábrica de galletas y la excursión al criadero de truchas.

Don Víctor. ¿Al criadero de truchas?

Conde. ¡Sí! De intento lo he dejado para última hora. ¡Aquello sí que va a gustarle a usted! Es la honra de este pueblo. Vale la pena de pasar las molestias de la expedición...

Julito. Eso nos han dicho: que el viaje es algo incómodo.

Conde. Sí... pero no crea usted que gran cosa... Se traga un poquillo de polvo... y hay un trozo de carretera sin arreglar, que a algunos les asusta, yendo en automóvil...

Don Víctor. ¿Y cómo vamos a ir nosotros?

Conde. En automóvil, por supuesto. ¡Si no hay peligro alguno! ¡Ya verá usted cómo se alegra cuando estemos allí! ¡Lo que le van a gustar a usted las pesqueras!

Don Víctor. ¿Usted cree?

Conde. ¡Digo si lo creo! Es portentoso. Se dan años en que salen del establecimiento de noventa mil a cien mil truchas.

Don Víctor. Con expresión indescriptible. ¡Truchas son!

Conde. Pues sí, sí. Y es interesantísimo verlas en las charcas, en las pesqueras, por gradación de edades, ¿comprende usted? Primero las truchillas recién nacidas, como delgadísimos alfileres; luego, otras ya más grosezuelas, luego otras, y luego otras y otras cada vez mayores, hasta que insensiblemente se halla usted ante la trucha espléndida, grande, bien criada... que parece que va a saltar al plato...

Don Víctor. Y que no deja de saltar..

Conde. Pero, bien, esto es para otro día.

Don Víctor. ¡Claro! ¡claro! Para otro día.

Conde. Me retiro, pues. Voy a dar mis disposiciones para el obsequio a los muchachos de *La Rondalla.*

Don Víctor. ¡Ajajá! Está usted en todo, conde. ¡Cuánta molestia por causa mía!

Conde. ¡Cuánto honor en servirle! Hasta luego.

Se retira por donde salió, sin ver los ojos de pantera que le está echando el ilustre huésped. Éste cierra la puerta con llave, y cruzándose luego de brazos frente a Julito, se está unos instantes mirándolo sin darle salida en palabras a su indignación.

Julito. ¡No me diga usted nada!

Don Víctor. Pero ¿estos señores se creen que obsequiarlo a uno es descuartizarlo? ¡Vaya cuatro días de zarandeo! ¡No hay cuerpo que resista!

Julito. Baje usted la voz.

Don Víctor. ¡Me duelen los riñones, me duelen los pies, me duele el estómago, me duele la cabeza, me duele el corazón! ¡Y ahora que iba a meterme en la cama para estirarme a gusto y descansar, el anuncio de una serenatita y la perspectiva de que a las siete de la mañana hay que estar de pie, para seguir la carrera de baquetas! ¡Hombre! ¡hombre! ¡Es demasiado abuso! ¡Una pelota de goma es, y se rompe a fuerza de botarla! ¡Hip!

Julito. Por Dios, don Víctor, a ver si oyen las voces...

Don Víctor. Les diré que ensayo una conferencia. No te apures. ¡Porra! ¡Es que estoy doblado! ¡Doblado! ¡Hip! ¡Y rebosando truchas!

Julito. ¡Esa sí que es buena! Por lo que más quiera usted en el mundo, vea usted la manera de ahogar la excursión al criadero de truchas. Mire usted que me han dicho en serio que se gana el cielo en el viaje.

Don Víctor. ¡Bueno! ¡Es inicuo! ¿En nombre de qué caracoles? Pero te advierto, para tu relativa tranquili-

dad, que yo me he jurado dos cosas: no ir ni arrastrado al criadero de truchas, ni oír el orfeón.

Julito. ¡Ja, ja, ja!

Don Víctor. No te rías.

Julito. Pues lo que es una de esas cosas no la consigue usted. Porque el orfeón lo oye usted ya.

Don Víctor. ¡Estás tú fresco!

Julito. Es inevitable. Aceptada la serenata de *La Rondalla*, oye usted el orfeón aunque se tape los oídos. Sé por el estanquero que la competencia entre las dos sociedades es encarnizada.

Don Víctor. ¿Y he de pagarla yo?

Julito. ¿Y quién lo evita?

Don Víctor. ¡Ah, no! ¡Te equivocas tú y se equivoca el estanquero! ¡El orfeón no lo oigo! ¡Me crispan los nervios los orfeones! ¡No lo oigo!

Julito. Ahí tiene usted; yo no comprendo esa antipatía.

Don Víctor. ¡Tú no comprendes nada, porque estás en pleno ataque de memez con la señorita de la casa!

Julito. ¡Chist!

Don Víctor. ¡Si es que ensayo una conferencia! Te repito que ni oigo el orfeón ni veo el criadero de truchas. ¡Esto de las truchas no tiene nombre! Tú lo has visto: en Relajo, cuatro estaciones antes de llegar, principiaron a subir al tren amigos impacientes... ¡Bueno! Pues ya empecé yo mi defensa contra las truchas. En todos los tonos lo dije: «Yo lo siento; pero a mí las truchas me hacen daño.» «¡Oh! ¡las de aquí son gloria divina! ¡manjar de dioses!... Además, aquí les dan un punto... las preparan de un modo...» «¡Las preparen como las preparen, me hacen daño!» Pues, ¡que si quieres, morena! ¡Desde que llegué, truchas a todas horas y en todas las comidas! Al rápido, al rápido mañana a la noche. Porque pensar que yo, un hombre consciente, que tiene con la trucha una cuestión personalísima

desde la cuna, voy a ir a un sitio donde, si no he oído mal, hay noventa mil truchas de todos tamaños, ¡eso es soñar despierto! ¡No voy, no voy! ¡Puede pasar por mi pensamiento la idea de que tengo que comérmelas todas, y caigo allí redondo! No voy, no voy.

Julito. Ojalá se salga usted con ella. Son ganas de que se aborrezcan estos viajes, que bien llevados serían encantadores... Con que lo dejaran a uno trazar los programas a voluntad... ¡Vamos, que el programita de mañana es suave!

D. Víctor. ¡El de mañana es para escapar de aquí con barba postiza! ¿Y tú has oído? Este... *filadelfia* de conde le llama *habilidad política* a que yo me muera de una indigestión o de un empacho. ¡Que se muera él! Y luego tendremos la de siempre: llegar a un sitio destrozados, con la lengua fuera, con los hígados en la boca, y soportar que le dicen a uno: «Realmente, esto tiene poco que ver.» ¡Porra! Pues si tiene poco que ver, ¿por qué no me han dejado ustedes en mi casa en una mecedora?

Julito. ¡Como la broma de los artesonados!... A mí me gustan los artesonados, pero...

D. Víctor. Sobre todo, que un artesonado está bien, y aun dos artesonados... ¡pero es que tenemos veinticinco artesonados en el cogote! Mirando hacia el techo. ¡Yo me he pasado en Guadalema lo menos doce horas así! ¡Porra!

Julito. ¡Se rinde una estatua!

D. Víctor. ¡Ah, hombre! Antes que se me olvide. Como cosa tuya averigua luego, con más cuidado que lo de «Sintética», qué caracoles hizo Carlos V en ese castillo adonde nos van a llevar mañana.

Julito. Sí, señor, sí: yo me enteraré.

D. Víctor. Porque si Carlos V no hizo más que noche... no tiene gracia que nos deshagan una madrugada a ti y a mí por visitar el castillito.

Julito. No, no tiene gracia.—¿Quiere usted que mientras viene la música aprovechemos unos minutos en contestar estas preguntas que hay aquí?

D. Víctor. ¿Cuáles?

Julito. Estas tres o cuatro... Examinando unos papeles. Son cosa muy ligera. Ande usted: vamos a salir de ello.

D. Víctor. Vamos a salir de ello... Tumbándose en una butaca. Dime. ¡Señor! ¡Señor!

Julito. El director de *El Defensor* le pide a usted dos líneas con su juicio sobre las consecuencias de la guerra europea.

D. Víctor. ¿Y eso es lo que a ti te parece ligero, Julito? ¡Estás aviado! Tienes el cerebro de un alfiler. Anda, anda; atribúyeme la primera majadería que se te ocurra.

Julito. Bueno, ya sé cuál: lo que dice usted siempre sobre el mismo asunto. Aquí hay otro que ha abierto una información acerca de si se deben o no se deben cruzar las piernas en visita, y quiere el parecer de usted.

D. Víctor. ¡Los hay desocupados! Contéstale con un dibujito, hombre. ¡Lo merece!

Julito. No, de veras: ¿qué se le dice?

D. Víctor. ¡Cualquier sandez que a ti se te antoje!

Julito. Corriente.

D. Víctor. ¡La cuestión es pasar el rato!

Julito. ¿Y a este otro que pregunta...?

D. Víctor. ¡Pregunte lo que pregunte, respóndele tú lo que te dé la gana! ¡No puedo más, Julito! ¡No puedo más! ¡Lo mismo me da que me pregunten sobre la unidad nacional que sobre unos polvos insecticidas! ¡No puedo más, Julito! ¡Ponte en mi pellejo! ¡No puedo más! ¡Tú tienes otros años! ¡No puedo más!

Julito. ¡Chist!

D. Víctor. ¡No puedo más! ¡Que se enteren en esta casa y en Guadalema entera! ¡No puedo más! ¡Que lo

sepa el conde y que lo sepa Carlos V! ¡No puedo más! ¿Cómo voy a decir que no puedo más? ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Se abandona a su particular estado, entregándose a todo género de libertades, como si no estuviera delante Julito, el cual no puede contener la risa mirándolo.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Calle. Fachada posterior de la casa de los Condes del Aro. Es de noche.

—

«La Rondalla», sociedad de gentes de guitarra y bandurria, toca dentro una pieza de música popular, última de la serenata. A la conclusión suena un aplauso, y en seguida, previo un siseo de espectación, se oye la voz de DON VÍCTOR, el ilustre huésped de Guadalema, que desde un balcón les habla así a los individuos de «La Rondalla»:

D. Víctor. Amigos míos: permitidme que os dé este nombre familiar desde el momento en que habéis sabido, con las alegres notas que me brindáis, tocar las fibras más delicadas de mi corazón; esas fibras que sólo es dado hacer vibrar a las personas unidas a nosotros por los sentimientos de la amistad, de la fraternidad o del cariño. ¡Habéis bañado de lágrimas mis ojos! ¡Pero qué lágrimas! ¡Lágrimas puras, lágrimas alegres, lágrimas en que palpita no sólo la emoción del arte, sino también aquella otra emoción más honda, más imperecedera, del sentimiento de la patria!

Una Voz. ¡Bravo!

Don Víctor siente que se le calienta la boca.

D. Víctor. Vuestras melodías.. vuestras melodías... ¿qué son vuestras vibrantes melodías sino suspiros y gritos españoles engarzados por la mágica varita de la música en los hilos invisibles del alado pentágrama?

Otra Voz. ¡Ole!

D. Víctor. ¿Que son sino eso? ¿Y qué es el pentágrama? ¿Qué es el pentágrama? El pentágrama... No se le ocurre lo que es, y corta por lo sano. ¿Para qué os voy a decir a vosotros, profesionales de él, lo que es el pentá-

grama? ¿Para qué os lo voy a decir a estas horas? ¡Marchaos a dormir ya, amigos míos! ¡Durmamos todos! ¡Descansemos todos; que es el descanso una ley material impuesta por nuestra madre común al hombre y al bruto; a todos los hombres y a todos los brutos, sin distinción ninguna! ¡Mañana, os lo prometo solemnemente, iré a visitaros en vuestro domicilio social, aun a trueque de dejar de ir al castillo en que Carlos V hizo noche!...

Otra Voz. ¡Bravo!

D. Víctor. ¡Yo podré no ir, yo no iré, repito, al castillo en que hizo noche el Emperador, pero iré a vuestra casa a fraternizar un momento con vosotros! ¡Porque vosotros sois los emperadores del trabajo, y el trabajo es la vida! ¡Iré, iré a vuestro domicilio a estrechar esas manos, que por el día empuñan o manejan el azadón, la palanqueta o el buril, y por la noche pulsan las cuerdas de esos clásicos instrumentos, y les arrancan esas divinas notas, llenas de calor y de brío, que nos hablan de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestros hogares, de nuestros campos, de nuestro cielo, de nuestra patria, en suma!

Estalla una ovación formidable, que se convierte en música prontamente, como si todo ello fuera uno y lo mismo. Quiere esto decir que «La Rondalla», obediente a la voz del ilustre huésped, se retira a dormir, pero se retira tocando.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La misma decoración del segundo. Son las ocho de la mañana, pero el dormitorio está a oscuras.

—

DON VÍCTOR duerme un sueño intranquilo, durante el cual dice cosas incongruentes.

D. Víctor. No... no... el orfeón no lo oigo... ¡No tengo que ver nada!... Perdona, Carlos V... Si vuelve «Sintética» le dices que he salido temprano... ¡Hombre! ¡un banquete sin truchas!... Se va a caer una estrella... Me carga el azucarillo de limón... Señora mía... su amabilidad y su hermosura son hermanas gemelas... Otra te queda, Víctor... Te la jugué de puño, emperador... Solloza. Después parece como que masca algo. ¡Ay, Madrid!... ¡mi Madrid!... El Congreso... la comisión de presupuestos... la Argentinita... No me queda otra, no...

Llega por la puerta del foro silenciosamente JULITO y se acerca al lecho de su jefe. Viene de la calle.

Julito. En voz queda, observándolo. Por fin duerme como un bendito.

D. Víctor. Incorporándose repentinamente presa de un extraño pavor, y dándole a Julito un susto superior al que él se ha llevado. ¡Eh! ¿Quién? ¿Quién anda ahí?

Julito. ¡Caramba! ¡que me ha asustado usted!

D. Víctor. ¡Quién!

Julito. Yo... soy yo...

D. Víctor. Ah, tú... ¿Adónde vamos?

Julito. A ninguna parte todavía.

D. Víctor. Si llego a estar en una fonda te ganas un tiro.

Julito. ¿Por qué?

D. Víctor. Porque en las fondas duermo con el re-

vólver a la cabecera de la cama. Pero ¿qué hora es? ¿Cómo estás levantado?

Julito. Son las ocho. Yo no me he acostado todavía.

D. Víctor. ¿Qué me dices?

Julito. No, señor: me invitaron los muchachos de *La Rondalla*... y hasta ahora.

D. Victor. ¿De... juerguecita, no?

Julito. Casi, casi.

D. Víctor. Los pocos años.

Julito. Pero no crea usted, estoy molido. Me voy a echar un poco a ver si descabezo el sueño. ¿Usted ha dormido bien?

D. Víctor. ¡Quita, hombre, quita! No he pegado un ojo.

Julito. ¿Pulgas, como anoche?

D. Víctor. ¿Pulgas? ¡Toros! ¡Y qué calor en esta cama!... Y sin fuerzas para echar la colcha hacia abajo... Luego, una pirosis de muerte... En fin, mira de tu sifón lo que queda ..

Julito. Bueno, a seguir durmiendo...

D. Víctor. ¿A seguir? ¡Si acababa de cuajarme cuando tú has llegado!...

Julito. Pues le he hecho a usted un pie agua.

D. Víctor. No... Cuando no es una cosa es otra... ¡Hip! Dame un poquito de sifón. Julito lo hace. A las cinco empezaron a tocar a misa... Y la torre parece que está sobre esta alcoba... ¡No quieras saber lo que le dije al sacristán!... ¡Como si no!... Nadie lo callaba... Aquí podrá haber ateos que no oigan misa, pero tocar, ya oyen... Pues luego pasaron unas burras de leche... Y luego unas cabritas... ¡Qué monas!... Color local.

Julito. ¿Sabe usted que más cuenta me ha tenido a mí irme con los de *La Rondalla?*

D. Víctor. No lo dudes... Y eso que ¡bueno vienes!... Dos ojeras traes que son dos ajos... Anda, anda, acués-

tate un ratillo; que para algo dije yo anoche lo que dije del Castillo del Águila Negra...

Julito. Ya no me acuesto. Me tumbaré vestido en el diván.

D. Víctor. Allá tú. Hasta luego.

Julito. Hasta ahora. Se va por la puerta de la derecha.

Don Víctor trata de conciliar el sueño y lo consigue. En seguida vuelve a su pintoresco monólogo de loro borracho.

D. Víctor. ¡Ca!... ¡Ca!... No oigo el orfeón... no lo oigo... Que no entre la condesa, que me estoy vistiendo...

Pausa. Ronca tranquilamente.

Julito dentro le hace el dúo. El ronquido del secretario llega a simular como el eco del de su jefe.

Por la puerta del foro se presenta ABDÓN BERRAQUERO, amigo de la infancia de Don Víctor. Es hombre alto y recio, pelado al rape. Debajo de la nariz parece que lleva una rata, y es el bigote. Su pelaje revela que anda medianamente de fondos. Como vulgarmente se dice, «está arrancado». Se acerca al lecho de su amigo, y creyendo que le va a dar un despertar de Reyes Magos, empieza a hacer aspavientos, sin tocarle, para que el otro abra los ojos y lo vea. Cuando esto sucede, la expresión de Don Víctor raya en lo inefable.

Berraquero. ¡Aquí estoy yo! ¿Qué? ¿No me conoces? ¡Mírame, hombre, mírame! Aguarda: encenderé la luz. Lo hace. ¡Soy yo! ¡Despierta! ¿No me conoces? ¡Berraquero! ¡Abdón!

D. Víctor. Creyendo que sueña todavía. ¡Ah... sí!

Berraquero. ¡Claro! ¡no me esperabas!

D. Víctor. ¿Qué te había de esperar?

Berraquero. ¡Déjame que te abrace, chico, déjame que te abrace! ¡Tantos años sin vernos! ¡Y el criado no quería que pasara! Lo estruja en la cama todo lo que puede.

D. Víctor. ¡Que me ahogas!

Berraquero. Perdóname. ¡Tenía unos deseos de

achucharte así!... ¿Qué tiempo hace que nos encontramos la última vez?

D. Víctor. Luchando con el sueño, que lo rinde completamente. Hijo... no caigo ahora...

Berraquero. ¡Qué verdad es que estas amistades de la infancia son las que persisten! ¿Te acuerdas? *¡Cebollita!* ¡Te llamábamos *Cebollita!* ¡El *Cebollita* de la escuela hecho un personaje! ¡Déjame que te abrace otra vez!

D. Víctor. Bueno, hombre, bueno... Basta ya, basta ya... Tranquilízate... que me estás dando una paliza... ¡No sabía yo que había de hallarte en Guadalema!...

Berraquero. Te prevengo que no vivo aquí. Vivo ahí en un pueblo inmediato, vejetando como un animal... hecho un cafre. Y saco para mal comer de una cosa que se parece a un estanco y a una lotería... ¡No! ¡no temas que te pida un destino! ¡No vengo a sacar raja! ¡No vengo a molestarte! ¡No vengo a abusar!

D. Víctor. Más en el otro mundo que en éste. ¿No?

Berraquero. ¡No! ¡Vengo solamente a tener la satisfacción de abrazar a mi amigo! ¡Acabo de llegar del tren! ¡Y he venido a estas horas para verte a ti solo! Conmovido. ¡A ti solo! ¡A *Cebollita!* ¡A mi querido *Cebollita!*

D. Víctor. Y *Cebollita* te lo agradece mucho.

Berraquero. ¡No quiero ver a nadie más en esta inmunda Guadalema! ¡Qué charca, Víctor!

Don Víctor. ¡Chist!...

Berraquero. ¡Empezando precisamente por los señores de esta casa!

Don Víctor. ¡Calla, hombre!

Berraquero. De ti para mí: ¡un desahogo! ¿No oyes que he venido a estas horas por no topar con nadie? Don Víctor da una cabezada. ¿Qué es eso? ¿Hay sueñecillo?

Don Víctor. Hay sueñecillo, sí... ¿A qué voy a engañarte?

Berraquero. ¡Faltaría más! ¡Cumplidos con Abdón Berraquero! Las mentiras guárdalas para esta gentuza... A puro obsequio te traerán hecho picadillo; como si lo viera.

Don Víctor. ¡Hecho polvo!...

Berraquero. ¿Por qué no te has ido a una fonda?

Don Víctor. ¡Porque no me han dejado!... Acordándose del revólver. Pero... pero ahora me alegro...

Berraquero. ¡Pues allí hubieras tenido otra independencia! Pasea a grandes zancadas por el cuarto. A Don Víctor le parece un gigante de pesadilla. ¡Ya verás, ya verás por donde te sale el viajecito! ¡Obsequios! ¡Obsequios! ¡Sí, sí! Toma y daca. Y daca más que toma. ¡Así es la pastelera humanidad! ¡Yo no! Volviendo a conmoverse. ¡Yo he venido a verte por ti! ¡Por ti! ¡Por aquellos años! ¡Al excelentísimo señor don Víctor Campeón, al Diputado a Cortes, al orador insigne, al prohombre público me lo salto yo a la garrocha! ¡Yo vengo a ver al chicuelo que jugaba conmigo al toro y al marro!

Don Víctor. Justo: a *Cebollita.*

Berraquero. ¡A *Cebollita!* ¡A *Cebollita!* ¡Eso es!

Don Víctor. ¿Cómo te llamábamos a ti: *Mameluco?*

Berraquero. *Mameluco* quiso ponerme el hijo del maestro; pero le quité cuatro muelas de una bofetada y ya no pudo pronunciar bien el mote. ¡Lo que yo he hablado de ti en mi casa, cada vez que has tenido un triunfo, a medida que ibas para arriba!... ¡Pero de verdad, ¿eh? de verdad! ¡Y no te he molestado nunca con felicitaciones enojosas! ¡Al revés que los que te adulan para ordeñar luego la ubre! ¡Farsantes! La humanidad, chico, es una porquería. Y Guadalema el vertedero de la humanidad. Yo reniego de la hora en que pisé estas tierras. Cosas de mi suerte: ¡a todas partes llego tarde!

Don Víctor. A todas no... ¿Qué hora tenemos?

Berraquero. Sin oirlo. Y lo que te decía: esta es la población más inmoral del mundo. No te deslumbre el

polvillo de oro. Viendo de pronto que sin remedio se le duerme. ¡Pero qué cara de sueño tienes, muchacho!

Don Víctor. ¿Sí? Pues la cara es el espejo del cuerpo...

Berraquero. Sentándose en la cama. ¿Ni dormir te deja esta familia?

Don Víctor. Ni dormir me deja... Lo que es dormir no me deja nadie...

Berraquero. Las comisiones de los pueblos vecinos también te marearán...

Don Víctor. Las comisiones y los particulares, no creas.

Berraquero. ¿Quién ronca por ahí?

Don Víctor. Mi secretario... Un hombre dichoso...

Berraquero. ¿A qué hora te acostaste anoche?

Don Víctor. Haciendo un increíble esfuerzo por abrir los ojos, que son dos almejas moribundas. ¡Qué sé yo!...

Berraquero. ¿Eh?

Don Víctor. ¡Qué sé yo!... Tuvimos serenata...

Berraquero. ¡Milagro! ¡Serenatita! ¡Otra forma de sacarte las perras!

Don Víctor. No...

Berraquero. Sí, hombre, sí: no seas primo. ¡Conozco al director de la murga! ¡Es un caimán! ¿A que te ha dedicado un paso-doble?

Don Víctor. Que va a acabar en marcha fúnebre...

Berraquero. ¿Por qué?

Don Víctor. Ps ..

Berraquero. ¿Cómo?

Don Víctor. Ps...

Berraquero. No te entiendo, chico... Don Víctor ronca. Se ha dormido, o por lo menos lo parece. ¡Anda! Lo rindió el sueño. ¡Claro, Señor! ¡Lo que abusa la gente de estos pobres hombres! Volveré luego... Le dejaré una tarjeta respaldada... Saca tarjeta y pluma, y escribe. Campeón abre un ojo y atisba. En seguida lo vuelve a cerrar. Se la pondré aquí,

en la mesa de noche. Así la verá en cuanto se despierte. Contemplando a Don Víctor. ¡Quién había de decírselo a *Cebollita!*... Y es que debajo de esa frente hay algo... hay algo... Me afecto, me afecto mirando a este galopín... Yo no soy envidioso.. ¡y son muchas las ternuras que me remueve!... Se acerca de puntillas al lecho y le planta un beso en la calva. Don Víctor se hace el muerto por no matarlo. Berraquero se va con todo sigilo por donde llegó y cierra tras de sí la puerta. Pausa.

Así que nuestro héroe lo supone en la calle, abre los dos ojos, y coge la tarjetita para leerla.

Don Víctor. ¡Mal rayo lo parta! ¿Se pueden cometer más inconveniencias en menos tiempo? ¡Y vaya un osculito que me he ganado, de puro gloria nacional! Cuando sentí el bigote sobre la frente, me creí que me barrían la cabeza. A ver qué me dice. Lee la tarjetita. «Te dejo descansar. Volveré a las once.» ¡Porra! «Procura estar solo. Quiero que veas el famoso criadero de truchas, y que lo veas conmigo. Hasta luego.» ¡Bien! ¡El criadero de truchas... y con éste! ¡Bien! ¡Señor!... ¿qué te hice?

Viene por la puerta del foro un CRIADO.

Criado. ¿Da vuecencia permiso?

Don Víctor. ¿Eh? ¿Quién?

Criado. ¿Se puede pasar?

Don Víctor. ¿Es otro fotógrafo?

Criado No, señor: es un servidor.

Don Víctor. ¡Ah! Pasa, pasa. ¿Qué hay, Baldomero?

Criado. Eustaquio, para servir a vuecencia.

Don Víctor. ¿Qué hay, Eustaquio?

Criado. Ahí está la comisión de obreros que espera vuecencia.

Don Víctor. ¿La comisión de obreros? Pero ¿es la hora ya?

Criado. Son las nueve.

Don Víctor. Si creo que la citamos a las once o las doce.

Criado. Dispense el señor, pero traen un B. L. M. que dice que a las nueve en punto. Don Víctor sopla. Yo lo he visto. Porque me chocó la hora, la *verdaz*.

Don Víctor. ¿Te chocó la hora?... ¡Este Julito que no da una!... Ábreme el balcón. El Criado obedece. ¡Ajajá! Despabilándose como puede. El héroe por fuerza. Ahora entra en esta habitación de aquí al lado, donde duerme el autor del B. L. M., y lo asesinas en mi nombre. Tráeme luego a beber su sangre, y cuando ya la haya bebido, di que pase a esa comisión.

Criado. ¿Cómo?

Don Víctor. Nada, hombre, nada... Voy a recibir aquí a los obreros. Me sabrán disculpar. Que pasen.

Criado. En seguida. Se va por la puerta del foro.

Don Víctor. ¡Y luego dirán algunos periódicos que no me sacrifico por la patria! Se incorpora, bebe un poco de agua, y espera a que llegue la Comisión.

Ésta se presenta instantes después en la propia puerta del foro. La forman siete OBREROS.

Obrero. ¿Da vuecencia permiso?

Don Víctor. ¡Adelante, adelante!

Pasan los siete hombres.

Obrero. Buenos días.

Don Víctor. Buenos días.

Los demás obreros repiten el saludo.

Obrero. El señor ha de dispensarnos...

Don Víctor. Entre bostezos. Ustedes son los que han de dispensarme a mí que los reciba como los recibo. Lo hago, porque así me ha sorprendido la hora... y en prueba de mi fraternidad... de mis sentimientos democráticos... y de que yo para los obreros no soy el hombre público, sino otro obrero más... otro obrero más... otro obrero más...

En la calle, y con todo lujo de voces, como queriéndolas lucir, rompe en esto el Orfeón de Guadalema a cantar el coro de los repatriados de la zarzuela «Gigantes y Cabezudos».

Orfeón. *¡Al fin te miro,*
Ebro famoso!...
etc., etc.

Campeón al oírlo da un salto en la cama. Instintivamente se va a tapar con la sábana la cabeza.

Don Víctor. ¿Qué es eso? ¿El orfeón quizás?

Obrero. El orfeón, sí, señor.

Don Víctor. ¡El orfeón!

Obrero. ¡El orfeón ahora! ¡También es *oportunidá!*

JULITO grita desde dentro.

Julito. ¡Don Víctor! ¡Don Víctor!

Don Víctor. ¡Secretario!

Julito. ¿Qué le dije a usted?

Don Víctor. ¡Pues ya verás tú lo que yo voy a decirte a ti!

De Campeón se apodera una inquietud muy cómica. No sabe ni puede desatender al Orfeón, que atruena la calle y cuyas voces lo hacen saltar, ni puede ni sabe tampoco dejar de oír al Obrero que habla, en quien descubre un competidor. Por la puerta de la derecha y con cara de reo, asoma JULITO, que al ver la escena se da cuenta de lo que ha hecho. Don Víctor lo quisiera confundir con los ojos.

Obrero. Alzando la voz, según lo exigen las de la calle. El *ojeto* de nuestra visita, *ecelentísimo* señor... no es otro que manifestarle a vuecencia, con el permiso de vuecencia, que la clase obrera de Guadalema... que la lucha aquí entre el capital y el trabajo, o sea entre el patrono y el obrero, es más *encarnizá* que en parte ninguna. Y no porque el obrero *esija*, que no, que no *esige*... ¡El obrero no aspira aquí más que a vivir como un hombre y no como una bestia!...

El Orfeón arrecia en la calle y el Obrero en la alcoba. Don Víctor preferiría estar en el criadero de truchas.

FIN DEL CUADRO CUARTO

EPÍLOGO

Jardín en la casa de los Condes del Aro: se celebra el último banquete con que agasaja Guadalema a su ilustre huésped, don Víctor Campeón. La mesa, larga y rica, se extiende a lo ancho del escenario y se prolonga dentro, a derecha e izquierda. Los comensales, que son señoras y caballeros, ocupan sitios en los dos lados de ella. Sólo las diez personas que la presiden no tienen nadie enfrente. Es de noche. Caprichosa iluminación entre los árboles.

—

Sentados a la derecha de DON VÍCTOR, que está, naturalmente, en el puesto de honor y de frente al público, vemos, por este orden, a la CONDESA, a PAULINO DONCEL, a una SEÑORA GUAPA y al CONDE DEL ARO; y sentados a su izquierda a AURELITA, a JULITO, a la GENERALA y a un CABALLERO de uniforme vistoso.

Entre los comensales que están colocados de espaldas al público sólo nos interesan FONSECA, PEÓN Y COLORADO y DON HONORIO. Fonseca se halla a la derecha del actor y estos últimos a la izquierda. Es la hora del champagne y de los brindis.

Hay rumor de conversaciones animadas, que cesa unos instantes al mágico efecto de una voz amiga que dentro, hacia la izquierda del actor, grita: «¡Quietos un momentito! ¡Quietos!» Brilla luego el resplandor de un fogonazo de magnesio, y la misma voz dice entonces: «¡Muchas gracias!»

Se reanuda el rumor de las conversaciones con mayor animación ahora.

A nuestro gran amigo don Víctor, en tres días que hace que dejamos de verlo, se le ha puesto cara de trucha.

De improviso se levanta el Conde para hablar. Un general siseo impone silencio a los comensales. Mientras tanto, y mientras el Conde se recoge en sí para recoger al mismo tiempo ideas que parece que al ponerse de pie se le han ido, la Generala, que es andaluza y

muy aficionada a comentar, le dice a Julito, el cual, muy engolfado, habla con la señorita de la casa:

Generala. Silencio, hombre, silencio ahora; que va a hablar su suegro de usted.

Julito. ¿Eh? Gracias por la intención, generala.

Generala. No hay de qué, poeta.

Julito. A Aurelita. Va a hablar su papá.

Aurelita. Pues cállese usted, que está demasiado elocuente. Cosas del champagne, ¿no?

Julito. No; cosas de usted.

Aurelita. Ay, yo he bebido mucho; se me va la vista.

Julito. ¡Pues cuide usted de que no se le vayan los ojos!

Aurelita. ¡Qué tonto es usted!

El silencio es sepulcral en este momento. El Conde lo aprovecha. Es orador correcto y lamido. Lo que es una ese no se le va.

Conde. Amigas mías y amigos míos: es éste, por malaventura nuestra, el último rato en que vamos a disfrutar de la agradable y honrosa compañía de nuestro ilustre huésped, el excelentísimo señor don Víctor Campeón y Campeón, mi insigue amigo.

Éste suspira muy en silencio.

Generala. A Julito, siempre. ¿Se ha fijado usted en que el conde saca una voz que no es la suya?

Julito. ¡Generala, deje usted la tijera un segundo!

Conde. Acontece de vez en vez, con aquellos hombres a quienes admiramos a distancia, pero cuyo trato no nos es permitido, acontece, vuelvo a decir... como que nuestra imaginación se complace en dibujarlos a su capricho, adornándolos de singulares perfecciones, y, luego, llegada la hora en que la realidad nos brinda ocasión de conocer de cerca al idealizado personaje, experimentamos por regla general desencanto o desilusión. ¿No es esto? Murmullos de: «Muy bien, muy bien». El Conde liba. Pues bien: ¡cuán lejos de este ejemplo que

he sometido a vuestra consideración, está lo acaecido en Guadalema con la eminencia de la política española que preside este familiar agasajo! Muy adornado de cualidades envidiables nos lo forjábamos desde lejos, esta es la verdad; pero a su lado, al tener la dicha de convivir con él, hemos compulsado la pobreza de nuestra fantasía; hemos aprendido que no siempre la distancia embellece, sino que a las veces son harto más bellas las cosas contempladas de cerca. («¡Bravo! ¡Bravo!»)

Julito. A Aurelita. Esto lo dice por usted.

Conde. Admiradores tenía en Guadalema: hoy tiene amigos. Hoy tiene amigos, que a la admiración profunda y entusiástica de las altas dotes del orador, y del político, y del sociólogo, y del patriota, han unido, fundiéndolos en un mismo y cordial afecto, el acatamiento al caballero intachable y el cariño al hombre sencillo, amable y bondadoso. Así, pues, yo, al ofrecerle esta modesta comida, levanto mi copa con el deseo de que el adiós que hoy nos va a dar nuestro ilustre huésped, más bien que un «¡adiós!» sea un «¡hasta luego!»

Se sienta. Suenan aplausos, menos calurosos de lo que esperaba el propio Conde, que al fin y al cabo es quien ha dado de comer.

Generala. ¿Le gustará a usted la niña mucho más que el discurso?

Julito. ¡Claro! Como que el discurso es de él solo, y la niña es de la condesa también.

Iníciase un nuevo siseo, Los comensales miran ávidos hacia los «presuntos oradores». Fonseca se pone de pie. Pero al escuchar diferentes voces de: «¡Bidasoa! ¡Bidasoa! ¡Que hable Bidasoa!» se sienta achicado. Nadie lo ha visto levantarse. Todo el mundo mira hacia la izquierda. Se repiten las voces y se oye luego otro siseo: es que se ha levantado Bidasoa, a quien el público no ve.

Generala. Peón y Colorado tiene algo: fíjese usted qué palidez de muerte y qué fijeza en la mirada.

Julito. Así lleva toda la noche.

Generala. Entonces está improvisando.

Y habla Bidasoa, que ocupa un sitio al cabo de la mesa, y dice dando pruebas de muy envidiables pulmones:

Bidasoa. Señoras y señores: no porque mi insignificante persona tenga que añadir nada a las elocuentísimas palabras de nuestro generoso anfitrión, sino por corresponder a vuestro amable requerimiento, tengo el honor de levantarme para saludar desde este sitio al ilustre huésped de Guadalema. Y ya en el uso de la palabra, voy a permitirme, aunque moleste por breves instantes vuestra atención, exponeros algunas ideas que entiendo yo que deben llevarse a la práctica.

Generala. ¿Pues no decía que no tenía nada que añadir?

Bidasoa. No quede todo, como suele ocurrir en este género de homenajes, en palabras que se lleva el viento, en fuegos fatuos de la amistad y de la cortesía, en espuma de champagne, en un palabra. («¡Muy bien! ¡Muy bien!»)

Generala. Este va a pedir la cruz de Alfonso XII de un momento a otro.

Bidasoa. En primer lugar os propongo, señoras y señores, que redactemos aquí mismo—yo me encargaría muy gustoso de ello—y enviemos a los poderes públicos, una respetuosa instancia solicitando para el señor Campeón la cruz de Alfonso XII. Ovación. Don Víctor piensa en el «sleeping» como un mártir en el Paraíso. Bidasoa sigue Esos aplausos cariñosos, que en modo alguno pueden corresponder a mi torpe palabra, me dicen con la mayor de las elocuencias que he acertado a interpretar el sentimiento de todos vosotros. («¡Sí! ¡Sí!» «¡Y para el orador también!») En segundo lugar me atrevo a proponeros...

Generala. Una calle, una calle...

Julito. ¿Qué?

Generala. Que le pongan a una calle el nombre de don Víctor: usted lo verá.

Bidasoa. Me atrevo a proponeros, y de antemano me jacto ya de haber acertado a leer en vuestras intenciones, que se pida al Excelentísimo Ayuntamiento de esta culta ciudad, que una de las más importantes vías de ella lleve de hoy más el nombre luminoso de nuestro festejado. («¡Bravo! ¡Bravo!») Aplausos generales. Y finalmente: otra cosa opino que también debe recabarse del Excelentísimo Ayuntamiento.

Generala. Que lo nombren hijo adoptivo de Guadalema.

Julito. ¿Sí?

Generala. Son las tres cosas que pide para todo el mundo.

Bidasoa. ¿No os parece, señoras y señores, que sería galardón de nuestro cabildo el acuerdo unánime, por aclamación, de declarar a don Víctor Campeón y Campeón hijo adoptivo de Guadalema? («¡Bravo! ¡Bravo!» «¡Muy bien!») Nuevos aplausos. Me satisfacen esos aplausos, como antes he dicho, porque son el más claro testimonio de que he expresado en mis proposiciones el sentir de los aquí presentes, selecta representación de nuestra ciudad; y ese testimonio lo es a la vez de que en Guadalema, cuando se trata de hacer justicia, de otorgar honores merecidos, de reconocer méritos, no hay diferencias de clases ni de banderías: ¡todos somos iguales, todos somos unos, todos somos amigos!

Generala. Y si todos somos amigos ¿por qué se enfada tanto este hombre?

Julito. Tiene usted razón.

Bidasoa. Y nada más, señoras y señores. Yo levanto mi copa y brindo por la realización inmediata de lo que tan torpemente y con tan desmañada palabra he tenido el honor de exponeros. He dicho.

Grandes aplausos. Claro es que Don Víctor, cada vez que uno

dice que levanta su copa, levanta la suya... aunque con la sonrisa del conejo.

Vuelve a ponerse de pie Fonseca. Simultáneamente hace lo propio Peón y Colorado. Fonseca lo advierte, y reconociéndose inferior se sienta de nuevo.

Peón y Colorado está lívido. Tiene la copa en la mano y se le ve temblar. Se creería al verlo, no que va a pronunciar un brindis, sino que va a firmar su sentencia de muerte. Se hace un gran silencio.

Peón y Col. Si yo fuera un buen poeta,
como en verdad no lo soy,
improvisaría hoy
una preciosa cuarteta.

Una Voz. ¡Más alto!

Peón y Col. Mas reduzco mi misión,
y lo digo a quema-ropa,
a alzar yo también mi copa
por don Víctor Campeón.

Palmas tibias. Se sienta convulso. A poco recobra el color natural y suda como un pato.

Generala. ¡Jesús, qué desastre! ¿Y para esto lleva ese hombre un día con calentura?

Como antes las de: «¡Bidasoa! ¡Bidasoa!» corren ahora voces de: «¡Doncel! ¡Doncel! ¡El poeta premiado!» Éste se hace rogar un poco por medio de signos negativos. Las voces entonces suben de punto, y Doncel por fin se levanta.

Condesa. Ande usted, Doncel, no sea usted tan modesto.

Doncel. Señora, yo no sé improvisar. Dirigiéndose a todos. Digo, señores, que yo no sé improvisar, como el amigo Peón y Colorado... Tendré que recitar una composición cualquiera, aun cuando aquí no venga a cuento... ¿Hace? Voces de: «¡Sí! ¡Sí! ¡Eso, eso es!» Pues allá va, y ustedes perdonen mis muchas faltas. Recito peor que escribo.

Generala. Vamos a verlo.

Doncel. Con la convicción de que los va a asombrar a todos y de que él ha hecho algo «definitivo» en poesía. «Llueve.» La Generala mira al cielo y extiende una mano, de puro guasona. «Sinfonía gris en re menor.»

Julito. ¡Atiza!

Doncel.

Llueve.
¿Llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¿Agua o nieve?
¿Quién se atreve
a decir si es agua o nieve?
Pero ¿llueve?
Llueve.
¡Llueve!
Golpe leve
de agua o nieve
hiere breve
el cristal que no la embebe.
Llueve.
¡Llueve!
¿Quién se atreve
a decir si es agua o nieve?
Pero ¿llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¡Y la tierra seca bebe!
¿Llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¡¡Llueve!!

Se sienta.

Generala. Ya escampa.

Aplausos y felicitaciones.

Condesa. Preciosos versos. Yo quiero una copia, Doncel.

Doncel. Mil gracias, señora.

Julito. ¿Da la sensación de que llueve, es verdad?

Generala. ¿Cómo de que llueve? ¡Da la sensación del diluvio!

Julito. A Doncel. ¡Bravo, poeta, bravo!

Doncel. ¡Usted ahora!

Julito. No; yo no...

Varias voces: «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

Condesa. ¡Que diga los versos que le ha puesto a Aurelita en el álbum!

Una nutrida salva de aplausos acoge la proposición. Aurelita se ruboriza. Julito se levanta dichoso.

Generala. ¡Buen capote le ha echado a usted su suegra!

Julito. Cállese usted, señora. A todos. Respetables damas y caballeros... Muchas gracias... Veremos si me acuerdo.

Generala. Sí se acuerda, porque me los acaba de decir a mí.

Risas generales y aplausos. ¡Qué bien está todo! Sólo Campeón, que lucha a la par con las truchas y con los brindis, tiene que pellizcarse para esbozar de cuando en cuando alguna sonrisa.

Julito. Bien, pues en vista de que no hay escape, oigan ustedes. Fíjense primero en el objeto de mi inspiración... y disculpen la gran pobreza de mi musa. Aurelita vuelve a ruborizarse, pero sonríe agradecida.

Generala. ¡Ejem!

Julito. «Madrigal.»

Mientras en tu beldad esplendorosa
el sueño, enamorado, se recrea,
alegre mariposa,
en torno de tu boca primorosa,
audaz revolotea,
y en tus labios se posa,
creyéndolos temprana y fresca rosa.

A la dulce caricia que hace en ellos,
anhelante despiertas y agitada:
y al ver tus ojos bellos,
la mariposa quiere
gozar la clara luz de tu mirada,
mas tú la miras, y abrasada muere.

Termina mirando dulcemente a Aurelita, quien le corresponde. Se aplaude tanto el madrigal como la mirada, que es otro madrigal.

Doncel. A la Condesa. ¡Es muy de estimar; pero está en el siglo XVI!

Julito. A Aurelita. ¿Lo he dicho bien?

Aurelita. Mejor que un cómico. Pero ¿a cuántas les habrá dicho usted cosas iguales?

Julito. Tan de corazón, a ninguna.

Aurelita. ¡Jesús!

Generala. Si hace falta madrina, aquí estoy yo.

Julito. ¡Señora!

Por tercera vez se levanta Fonseca y por tercera vez vuelve a sentarse. A la par que él, se ha levantado Don Honorio, señor respetable, aunque no lo respetan, y enteramente sordo. Durante su brindis hablan unos y otros en voz alta cambiando impresiones, seguros de la impunidad, y con solo el disimulo de los ademanes y los gestos. El murmullo de las conversaciones crece gradualmente, pero Don Honorio continúa imperterrito, sin advertir nada. Además habla muy bajito.

D. Honorio. Señoras y señores...

Generala. ¡Anda! ¡El sordo ahora! Dígale usted a su jefe que se levante y acabe con los brindis.

Así lo hace Julito, yendo un instante a secretearle a Campeón. Luego vuelve a su puesto.

D. Honorio. Sólo dos palabras. Consideraría yo que faltaba a uno de los más elementales deberes de cortesía, si no dejase oír mi voz, por humilde que yo la crea, en esta fiesta de afectuosa simpatía hacia el insigne hombre público que nos preside.

Generala. Lo de siempre: cada uno hablando de sus cosas, y él tan fresco.

D. Honorio. Mi falta de oído no me ha permitido hacerme cargo de cuanto aquí han dicho todos los que me han precedido en el uso de la palabra; empero, me complazco en unir a los aplausos que he visto que se les han tributado, el mío más fervoroso, y desde luego me adhiero muy sinceramente a todos los acuerdos que se hayan adoptado esta noche. Para concluir, levanto mi copa proponiendo, ya que no es posible enviarle los ramos de la mesa a la amante esposa del señor Campeón, que se le telegrafíe, felicitándola en nombre de todos y felicitándonos a nuestra vez por haberlo tenido entre nosotros siquiera hayan sido tan breves días. He dicho.

Se sienta muy serio. Alguien aplaude. Inmediatamente, y como si le hubiera picado una avispa, se pone en pie Don Víctor. Ovación. Siseo prolongado. Gran silencio.

D. Víctor. Mis bellas amigas: mis bondadosos amigos: ¡faltan dos horas para que salga el tren que ha de arrancarme de Guadalema! ¡Dos horas nada más! ¡Pesadumbre y tristeza me cuesta el pronunciarlo! Dentro de dos horas he de abandonar por fuerza este paraíso, y he de caminar hacia Madrid, hacia la lucha, hacia la pelea. Se le repiten las truchas en esto, bebe un sorbito de champagne y reanuda el discurso en un tono profundamente tierno y conmovedor. Pero no temáis, mis queridos amigos, que yo olvide nunca, en mil años que viva, los felices días que en Guadalema he pasado. Si ya no fueran prendas bastantes a hacer indeleble su recuerdo en mi corazón—yo soy primero que nada un corazón,—si ya no fueran prendas bastantes a ello, repito, mis visitas a cuanto bello y grande encierra Guadalema, donde no me ha quedado una piedra por ver ni un artesonado por admirar, lo serían harto suficientes los mil testimonios de afecto, de simpatía y de amistad que aquí he recibido.

Valiéndome de un símil que presumo que ha de seros grato, por cuanto se refiere a algo que amáis con el más legítimo de los orgullos, os compararé el crecimiento de mi cariño a vosotros y a Guadalema con la curiosa gradación de las pesqueras en vuestro incomparable criadero de truchas, que he visto dos veces.

Una Voz. ¡Bravo!

D. Víctor. Yo entré aquí, con un cariño que era cosa naciente en mi corazón: ved en él la trucha pequeñilla y juguetona. Yo me voy de aquí con ese mismo cariño robustecido y agrandado: ved la trucha en la última pesquera. («¡Bravo! ¡Bravo!») Aplausos frenéticos.

Generala. Me parece que se está divirtiendo con nosotros.

Julito. ¡Ni pensarlo, señora!

D. Víctor. Para que ningún placer de los muy íntimos y delicados que suele proporcionarnos el trato de nuestros semejantes me haya faltado en Guadalema, yo os he de declarar que aquí he recibido aun visitas de amigos de la infancia, de la niñez lejana ya, por fuero de los años, que vinieron a despertarme... ¡que vinieron a despertarme, sí!... ¡que vinieron a despertarme en el alma la memoria de aquellas horas de la vida, libres de afanes y cuidados, en que el niño duerme en su camita satisfecho y tranquilo, y tiene en su madre un ángel de la guarda que cuida de que nadie lo despierte a destiempo!.. ¡Dichosa edad!

Rumores de: «¡Qué bonito!» «¡Qué tierno!» «¡Qué sentido!»

Una Voz. Dentro. Este hombre es un poeta.

D. Víctor. En fin, señoras y señores, amigas y amigos, no necesito testimoniaros que la emoción me embarga en estos momentos, porque bien claramente lo manifiestan el balbuceo de mis palabras y el temblor de mi voz...

Generala. Lo que está este señor es hecho una breva..

Julito. Eso lo puede usted jurar.

D. Víctor. Así, pues, permitidme que dejándoos en prenda mi corazón, mis labios callen... Y sabed todos, todos, ¡todos! que al evocar en mi imaginación, bien así como cinta cinematográfica, mis gratas visiones de Guadalema, todas mis visiones, acuden lágrimas a mis ojos, y a mis labios vuelve otra vez, plañidera y honda, la frase con que principié estas palabras: ¡faltan dos horas para que salga el tren! Se sienta.

Ovación estruendosa, que le obliga dos veces a levantarse para saludar.

El Conde entonces deja su sitio, y acercándose al ilustre huésped y abrazándolo amistosamente, impone silencio a los comensales y habla.

Conde. Señores: yo creo una obligación de mi parte, advertir a ustedes, para no pecar por omisión, y por si alguno quiere sumarse a la partida, que unos cuantos amigos, luego de acompañar a la estación a nuestro grande hombre, montaremos con él en el tren e iremos dándole compañía hasta Relajo, en cuya fonda pernoctaremos.

Voces de: «¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Yo iré con ustedes! ¡Y yo! ¡Y yo!»

D. Víctor. Por no clavarle un cuchillo de postre. ¡Hombre, no, no! ¡Eso ya es demasiado! ¡Me opongo! ¡me opongo! ¡Eso ya es demasiado!

Conde. Abrazándolo, y sin advertir la tremenda ironía que encierran sus palabras. ¡Usted se merece eso... y mucho más!

Aplausos calurosos. Algunas señoras le tiran flores a Don Víctor. Unas y otros se ponen de pie para aplaudir de nuevo.

FIN DE LA HUMORADA

Madrid, Abril, 1915.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (7.ª edición)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (7.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano (3.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
Los piropos, entremés. (2.ª edición.)
El flechazo, entremés. (3.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.ª edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.ª edición.)
La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. (2.ª edición.)
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés. (2.ª edición.)
Morritos, entremés.
Amor a oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.
Amores y amoríos, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
Doña Clarines, comedia en dos actos.
El centenario, comedia en tres actos.
La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
Herida de muerte, paso de comedia.
El último capítulo, paso de comedia.
La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Solico en el mundo, entremés.
Palomilla, monólogo.
Rosa y Rosita, entremés.
El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.

Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Sin palabras, comedia en un acto.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.
La consulesa, comedia en dos actos.
Chiquita y bonita, monólogo.
Polvorilla el corneta, monólogo.
Dios dirá, comedia en dos actos.
Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias, sainete con música del maestro Giménez.
Becqueriana, ópera en un acto, inspirada en una rima de Bécquer Música de María Rodrigo.
El Duque de Él, comedia romántica en tres actos.
El ilustre huésped, humorada satírica en cuatro cuadros, prólogo y epílogo.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*. Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al ITALIANO:

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti *(Los Galeotes)*, por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori *(Las flores)*, por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole *(Mañana de sol)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.
Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna *(A la luz de la luna)*, por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.
Donna Clarines, por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti con el título de *Siora Chiareta*.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fiore della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done*.
La Zanze *(La zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Iettatura *(La mala sombra)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Anima malata *(Herida de muerte)*, por los mismos.

Al ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen *(Las flores)*, por el mismo.
Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary v. Haken.
Lebenslust *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Al FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. Borzia.
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Al HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. Smidt-Reineke.

Al PORTUGUÉS:

O genio alegre, por João Soler.
Mexericos *(Puella de las Mujeres)*, por el mismo.

Al INGLÉS:

A morning of sunshine *(Mañana de sol)*, por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

PRECIO: 1,50 PESETAS